DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Carles Gri, monje de Montserrat
16 de enero de 2011
Is 49,3. 5-6 / 1 Cor 1, 1-3 / Jn 1, 29-34

Queridos hermanos, queridas hermanas: el bautismo de Jesús inaugura la manifestación mesiánica del Hijo de Dios. Juan, con su bautismo de agua, es el profeta elegido por el Padre para revelar *el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*. El Cristo, pues, es el auténtico y definitivo servidor sufriente, que regenera y da la vida eterna, anunciado por el profeta Isaías en la primera lectura.

Jesús, por tanto, inaugura la economía del Espíritu, que, configurándonos a imagen y semejanza de Cristo, transforma y renueva nuestro hombre interior, haciéndonos clamar, desde la entraña más profunda de nuestro ser, la palabra más íntima y más sagrada que llenaba los labios y el corazón del Maestro: *Abbá, Padre*.

Después de haber recibido la gracia del bautismo del Espíritu, somos una nueva criatura. Las barreras heladas de la desunión y el enfrentamiento han sido fundidas por el ardor del fuego espiritual que suelda nuestras vidas *en un solo corazón y en una sola alma*. Somos, pues, una comunión, una Iglesia. Encabezados por el Cristo, hemos sido introducidos en el mundo de la gracia y de la gloria. Ya desde ahora, en la incertidumbre del tiempo y en el gemido de la esperanza, en el ardor de la cruz y en el claroscuro de la fe, empezamos a vivir el amor suave y vivificante de la caridad, que siembra y hace crecer en medio de nosotros las semillas de lo que es definitivo y eterno.

En la segunda lectura, hemos escuchado el comienzo de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios. Vale la pena meditar sus palabras. Fijémonos como el apóstol llama esta iglesia y a sus componentes: *iglesia de Dios*, (...) *consagrados por Jesucristo* (...), *pueblo santo que él llamó*. Fácilmente, se adivina cómo la mirada de Pablo contempla con complacencia a estos hermanos suyos de Corinto. Descubre el don de Dios, que hace maravillas, se admira y da gracias.

Sin embargo, Pablo hablará a continuación de divisiones y escándalos; de un caso vergonzoso de incesto; de las peleas y de las injusticias, que llevan a los miembros de la comunidad a recurrir a los tribunales paganos; hablará también de la misma fornicación, que carcome la vida cristiana de algunos de los bautizados; hablará finalmente de las asambleas litúrgicas, donde a menudo se hace presente la abundancia excesiva de unos y la indigencia vergonzante de otros. A pesar de estos males, la fe viva del apóstol sabe descubrir bajo las llagas de la comunidad el don de Dios y el trabajo victorioso del Espíritu.

Esta actitud de Pablo, aparentemente paradójica, es una enseñanza, que puede ser válida e iluminadora para nuestros días y para nuestras comunidades. Las dificultades, las angustias, las defecciones, la indiferencia o la misma hostilidad no pueden robarnos la visión profunda del corazón fiel, que sabe contemplar la presencia salvadora de Dios en nuestro mundo y en nuestra Iglesia. Ciertamente, hay mal y hay también pecado, pero no falta la gracia sanadora y regeneradora del Señor, muerto y resucitado, auténtico *Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*, a fin de ir construyendo a través de todo y a pesar de todo el Reino de su Padre.

Dejémonos, pues, llevar por este dinamismo de muerte y de resurrección. Entonces, creados de nuevo a imagen y semejanza del Señor Jesús, por el poder regenerador de su Espíritu, podremos curar heridas; unir grietas; respetar la vida en la diversidad

de sus manifestaciones y etapas; sembrar esperanza y alegría donde un invierno crudo y estéril parecía haber matado toda posibilidad de una nueva y gozosa primavera. ¡Que así sea!